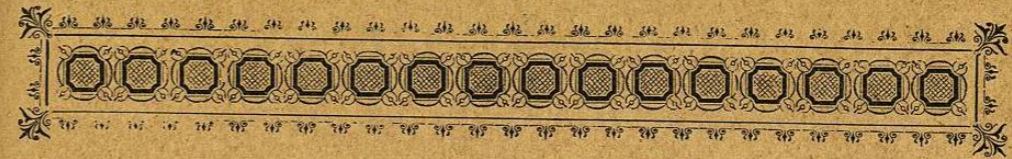


## PERSONAJES

El Conde de Vergara.  
Don García de Orellana.  
Don Rodrigo de Iruz, Conde de Monforte.  
Diego.  
Ángelina.  
Un Juez.  
Un Soldado.  
Un Pescador.

*Jueces, soldados españoles, pescadores napolitanos, miembros del Consejo colateral, etc., etc.*

*La escena es en Nápoles, el 10 de Noviembre de 1653.*



# LOS DOS VIRREYES

## ACTO PRIMERO

Salón del palacio del Virrey, suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcón á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados. Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribanía, etc., etc.

### ESCENA PRIMERA

EL VIRREY

¡Por Cristol Esa vil canalla  
no se contenta jamás.  
¡Oh! ¡No he de volverme atrás,  
ni rehusar la batalla!  
¡Quiere el populacho guerra?  
Pues habrá guerra, y cruel.  
Con tu sangre, pueblo infiel,  
fertilizaré tu tierra.

*(Mirando por el balcón.)*

Sí; retoñarán tus mieses  
granos con tu sangre rojos,  
y trocarán mis enojos  
tus frutales en cipreses.  
Sangre habrá, duelos prolijos,  
y ¡vive Dios! que, de hoy más,  
en sangre te bañarás,  
sangre han de beber tus hijos.

### ESCENA II

EL VIRREY, varios individuos del Consejo colateral,  
con togas, etc., y los Síndicos, etc.

EL VIRREY

¡Hola! Adelante, señores;  
entrad y dadme noticias  
de esa rebelión.

UN CONSEJERO

Albricias  
os damos ya. Los traidores  
se han dispersado; está sola  
la plaza, y Nápoles todo  
se calma del mismo modo  
ante la enseña española.

EL VIRREY

¿Conque vuestra fiel ciudad  
de Nápoles va ¡pardiez!  
por la vigésima vez  
contra su Rey? En verdad,  
que debiera con más juicio  
andar en tales proezas,  
y no ofrecer más cabezas  
al altar del sacrificio.

CONSEJERO

Señor Conde....

EL VIRREY

Idos de aquí,  
señores, y no os dé empacho  
en decir al populacho  
lo que vais á oír de mí.  
Decid que mandé plantar  
una horca en esa plaza,  
y en vez de azote y mordaza  
sus cuerdas mandé emplear.

Decidle que si pensó  
escudarse con la ley,  
ya no hay más ley, ni más rey,  
ni más tribunal, que yo.  
Y al que murmure ó se asombre,  
haré, porque el resto calle,  
matarle donde se le halle,  
sea mujer, sea hombre.  
¿Lo habéis entendido bien?  
Pues id al pueblo á decirlo,  
y tomadlo, al repetirlo,  
para vosotros también.  
Si Nápoles no se humilla  
de Castilla al blando yugo,  
se humillará del verdugo  
bajo la corva cuchilla.  
Salid, y no os olvidéis  
que, si no cesa el tumulto,  
hago degollar á bulto  
á cuatro por cada seis.

## ESCENA III

EL VIRREY

Yo pondré esa chusma vil  
de pescadores soeces,  
como ellos ponen sus peces,  
prensados en el barril.  
Y si aun me osan levantar  
una voz esos infieles,  
sobre sus propios bajeles  
se los sorberá la mar.

## ESCENA IV

EL VIRREY Y DIEGO

EL VIRREY

¡Hola, servidor leal!  
Te esperaba con ardor.  
¿Qué hay por ahí?

DIEGO

Nada, señor.  
Ya está remediado el mal.

EL VIRREY

¿Cuál ha sido la ocasión  
de esa bulla?

DIEGO

El santo celo  
de pedir de Masanielo....

EL VIRREY

¿Qué?

DIEGO

La canonización.

EL VIRREY

¡Diego!

DIEGO

No es más que lo dicho:  
esos pescadores ruines,  
que han dado en armar motines  
con el más terco capricho,  
su cadáver exhumaron,  
y en procesión funeral,  
de su amigo el Cardenal  
hasta el palacio llegaron.  
Hubo blasfemias atroces;  
mendigos, viejos, muchachas,  
con faroles y con hachas,  
pedían á grandes voces  
que declarase por santo  
al rebelde Masanielo,  
mártir de Dios.

EL VIRREY

Y el Capelo,  
¿qué es lo que hacía entretanto?

DIEGO

Estarse como un hurón  
encerradito en su alcoba,  
que no es Su Eminencia boba,  
ni peca de imprevisión.  
Ya el populacho impaciente,  
al ver señas tan inciertas  
en el Cardenal, sus puertas  
desvencijaba insolente.  
Mas todo ello concluyó,  
muriendo sus esperanzas,  
cuando con setenta lanzas  
metíme en la plaza yo.  
El que en sus piernas no puso  
su salvación, la cabeza  
perdió allí por su torpeza.

Ya sabéis que este es el uso.  
Y á los minutos siguientes,  
las más bravas, en dos filas,  
los tazones y las pilas  
festonaban de las fuentes.  
Con lo cual, los que escaparon  
de esta justicia agarena,  
sin duda en cabeza ajena  
escarmentando, callaron.

EL VIRREY

Tu lealtad no se acrisola  
hasta sacar con sigilo  
el ovillo por el hilo;  
esa hoguera no arde sola.

DIEGO

Tenéis razón; mas espero  
que con el cabo en que toco,  
tirando poquito á poco,  
sacaré el ovillo entero.

EL VIRREY

Veo, Diego, tu destreza.

DIEGO

Y os asombrará algún día;  
ó soy ó no soy espía.

EL VIRREY

¡Conque todo!.... Pues empieza.

DIEGO

De esas revueltas el germen  
no está en el pueblo que grita;  
el Cardenal, que os evita,  
y el viejo Duque, no duermen.

EL VIRREY

¿El de Guisa?

DIEGO

Ó yo estoy ciego,  
ó ese ovillo y esa hoguera  
atan y soplan de fuera  
los dos: escuchadme os ruego.  
Hará como unos tres meses  
que á una mujer misteriosa  
trajo á esta ciudad dichosa  
un barco de portugueses.

Tomó esta desconocida  
tal precaución en taparse,  
que fué inútil afanarse  
en averiguar su vida.  
Jamás abrió sus balcones,  
ni alzó su velo tupido  
á un saludo comedido,  
ni á las nocturnas canciones.  
Y aunque su garbo promete  
libertad, nobleza y oro,  
no desmintió su decoro  
ni un regalo, ni un billete.  
Nadie su casa visita;  
los nobles más perspicaces,  
los mancebos más audaces,  
desesperan de una cita.  
No pasa por sus dinteles  
ni pajecillo ni dueña  
á quien el dinero empeña  
en dar ó tomar papeles.  
Sólo un sombrío escudero,  
con traje ó disfraz de España,  
en silencio la acompaña,  
frío como ella y severo.  
Y envuelto en su capa obscura,  
con su espadón abrazado,  
con militar desenfado,  
por donde va la asegura.  
Mas, señor, hablando en plata,  
jamás se la vió pasar  
sino para ir á rezar.

EL VIRREY

¿Adónde?

DIEGO

A la *Incoronata*.

EL VIRREY

¡A la *Incoronata*!

DIEGO

Sí;  
es la iglesia más vecina  
de la calle Catalina.

EL VIRREY

¿Vive esa mujer allí?

DIEGO

Allí vive.

EL VIRREY

¿En una casa  
de seis balcones?

DIEGO

¡Por Dios!  
¿La conocíais vos?

EL VIRREY

Tengo una noticia escasa  
de esa mujer.

DIEGO

(Con intención.)

No sé cómo,  
porque un hombre hay solamente  
que logró hablarla audazmente,  
y aunque jamás tuvo asomo  
de favor con la hermosura,  
rondó de noche á sus rejas,  
y aunque entonó amantes quejas  
bajo de ellas, se asegura.....;  
mas sin duda el escudero  
salió una noche al cantor,  
porque hubo en una rumor,  
tras del cántico, de acero,  
y el músico no volvió.  
Mas ¿qué tenéis?

EL VIRREY

Impaciencia  
de oír tanta incoherencia  
como tu labio ensartó.  
¿Qué diablos tiene que ver  
con esta conspiración  
ese paje, esa canción,  
ni ese hombre, ni esa mujer?

DIEGO

Idos, señor, poco á poco,  
que si os dignáis escuchar,  
en ella habréis de encontrar  
de esta rebelión el foco.

EL VIRREY

Mujer, tan joven, tan sola.....:  
eso es imposible, Diego.

DIEGO

Mudaréis de opinión luego  
que sepáis que es española.

EL VIRREY

¡Española!

DIEGO

Sí; escuchad.  
¿Visteis de ayer la horrorosa  
tormenta?

EL VIRREY

Sí, sí; espantosa  
la mar estuvo, en verdad.

DIEGO

Pues bien; á la hora postrera  
de esta noche tan fatal,  
víctima del temporal  
zozobró aquí una galera.  
Toda su tripulación  
se hundió en el mar iritado;  
sólo un hombre pudo á nado  
encontrar su salvación.  
Con serena bazarria,  
con invencible constancia,  
ni le arredró la distancia,  
ni temió la mar bravia.  
Luchó por más de una hora  
contra las ondas, y al cabo  
agotó su aliento bravo  
al despuntar de la aurora.  
Con sus primeros albos,  
desde su barca le vieron,  
y en ella le recogieron,  
unos buenos pescadores.  
Este hombre, pues, cuya edad  
pasa ya de años cincuenta,  
mas que tiene de los treinta  
el brío y la agilidad,  
traía colgado al cuello  
de metal un cajoncillo,  
y en un dedo un grueso anillo  
con blasones y con sello;  
rezó un momento; el tesoro  
guardó que en la caja encierra,  
y pagó el saltar á tierra  
con una cadena de oro.  
Desapareció en seguida  
por obscura encrucijada,  
sin que dejase marcada  
su huella desconocida.

Y de mi gente más lista  
los ojos más perspicaces  
no han sido hasta ahora capaces  
de rastrearle la pista.

EL VIRREY

Mas..... ¿qué tiene ¡pesia mí!  
todo ese cuento que ver  
con aquella otra mujer?

DIEGO

Oid, que vamos ahí.  
Por lenguas que una vecina  
nos dió, sospecha certera  
tuvimos de esa extranjera  
de la calle Catalina.  
En su casa sospechamos  
que estaba el náufrago oculto,  
y hace media hora que á bulto  
en ella nos presentamos.  
Asaltamos con sigilo  
su alcoba, tras visto todo.

EL VIRREY

¿Y estaba?

DIEGO

De ningún modo;  
reposando muy tranquilo  
en su propio lecho hallamos,  
no al náufrago misterioso,  
sino al mozo más hermoso  
que haber visto recordamos.

EL VIRREY

¡Voto va!

DIEGO

Los veinte abriles  
contará apenas tal vez;  
peró es un mozo ¡pardiez!  
gentil entre los gentiles.

EL VIRREY

Concluye en fin.....

DIEGO

Con voz fiera  
nos dijo insultos atroces;  
mas yo desprecié sus voces,

y hallé al fin esta cartera  
bajo de su almohada.

EL VIRREY

A ver.

(La mira.)

¡Cartas del Duque de Guisa!

DIEGO

Por eso con tanta prisa  
os las vine yo á traer.  
Y este retrato además,  
(Dale un medallón.)  
que tomé del cuello de ella,  
por si aclaraba la huella  
de algún rebelde quizás.

EL VIRREY

Dame: es de un hombre, y anciano.

DIEGO

¡Qué noble fisonomía!  
¿Le conocéis?

EL VIRREY

No, á fe mía,  
pero es de maestra mano;  
mas ese mozo.....

DIEGO

Le traigo  
preso.

EL VIRREY

¿Y la joven?

DIEGO

Ahora,  
clamando por veros llora  
en la antesala.

EL VIRREY

Ya caigo.  
Quiere por ese traidor  
su hermosura interponer.

DIEGO

Dice que espera mover  
vuestro corazón, señor.

EL VIRREY

Diego, tráemele al momento.

DIEGO

¿Ver Su Excelencia no quiere á esa muchacha?

EL VIRREY

Que espere en el próximo aposento.

## ESCENA V

EL VIRREY

¡Ira de Dios! ¡Ella es! Ella.....; mas ¡juro á los cielos, que él aplacará mis celos agonizando á mis pies! ¡Ah! Todo lo veo claro: en huirme tanto afán, era por ese galán; pero ha de costarle caro.

## ESCENA VI

EL VIRREY, D. RODRIGO, entre soldados, y DIEGO

EL VIRREY

(¡Gallardo mozo, en verdad!) ¿Conque eres tú ese villano que osa con traidora mano del Rey á la majestad?

DON RODRIGO

Señor Conde de Vergara, mudad, si os place, de tono, que es fácil que tanto encono os salga luego á la cara.

EL VIRREY

¡Infame!

DON RODRIGO

Señor Virrey....., yo tengo un nombre mejor, que puede con mucho honor servir aun al mismo Rey.

Yo me llamo don Rodrigo de Luz, Conde de Monforte, y no hay uno en vuestra corte que se compare conmigo. Y á los nobles ¡vive Dios! no podéis en juicio osar, porque sus culpas juzgar toca al Consejo, no á vos.

EL VIRREY

Si lástima no tuviera á vuestra edad tan temprana, Monforte, el sol de mañana ya para vos no saliera; que aunque decís, con razón, que no puedo á un noble osar, puedo, sin embargo, ahorcar un reo de alta traición.

DON RODRIGO

¡Yo traidor!

EL VIRREY

Pruebas son hartas que os pueden matar, y aprisa, del noble Duque de Guisa, conde Rodrigo, esas cartas.

DON RODRIGO

¡Esas cartas, que son obra de algún esbirro impostor!

EL VIRREY

Para llamaros traidor, con cualquiera de ellas sobra. Pero dejemos á un lado cuestión que nos sienta mal, y que justo el tribunal fallará por de contado; vos sois noble, y me habéis hecho tan á tiempo esta objeción, que renuncio con razón, de juzgaros el derecho. De próceres tenéis, sí, un tribunal competente, y no hay miedo que yo atente á vuestros fueros allí; nada de eso; mas con todo, en calidad de Virrey, con los traidores al Rey

me cumple obrar de otro modo; por lo cual, antes de ir al tribunal que apeláis, quiero yo que me digáis, y os ruego que sin mentir, qué relaciones os ligan á una joven extranjera....

DON RODRIGO

Es impostura grosera, señor, cuanto de ella os digan.

EL VIRREY

De estar, como vos, la acusan puesta en comunicación de vuestra conspiración con las cabezas.

DON RODRIGO

¡Oh! Abusan de vuestra bondad, señor; ¡es inocente!

EL VIRREY

Mancebo, no sé lo que de ella debo pensar por vuestro temor.

DON RODRIGO

Es inocente, os lo juro, señor Virrey; lo demás, un secreto es, que jamás saldrá de mí.

EL VIRREY

Os aseguro, señor Monforte, que tengo resuelto saberlo todo, y lo diréis.

DON RODRIGO

De ese modo, señor Virrey, os prevengo que, tan joven como soy, tengo un alma tan entera, que sin deciros muriera lo que en callaros estoy.

EL VIRREY

Bravatas de vuestra edad; si yo os pongo en la tortura,

á pesar de esa bravura, confesaréis la verdad.

DON RODRIGO

Señor Conde de Vergara, antes que sufrir tal mengua, os escupiré la lengua desde el tormento á la cara. ¡Tortura á mí! ¡Vive Dios! Antes que hablara yo en ella, se apagaría la estrella de uno de nosotros dos. Aquí vendría mañana, injuria tan afrentosa á vengar, la generosa nobleza napolitana. Y el pueblo, que os aborrece, con ella unido á la vez, vuestra tirana altivez pagara como merece.

EL VIRREY

Siempre las revueltas olas de esa servil muchedumbre, cederán, según costumbre, á mis lanzas españolas.

DON RODRIGO

No os fiéis tanto, señor, que aunque pobres pescadores, contra duros opresores su fe les dará valor.

EL VIRREY

Basta; vuestra audacia iguala vuestra perfidia, y oid un buen consejo.

(Á los guardias.)

Salid.

Diego, espera en la antesala. (Salen los guardias y Diego.)

## ESCENA VII

EL VIRREY y D. RODRIGO

EL VIRREY

Oidme, joven Conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos, cuyos oídos torpes, oyendo mal lo que nada les